

CASO NOTABLE DE HUMORISMO INVOLUNTARIO

Lo que más agradece la risa es el humorismo involuntario, es decir, aquello que no fue hecho para provocar la hilaridad pero que la provoca incontenible. Ejemplo de ello fueron las declaraciones de Miguel Ángel Asturias acusando de plagio a García Márquez, o bien la mayor parte de las películas dramáticas mexicanas, o bien las fotonovelas y telenovelas, o bien algunas obras de teatro, entre las que sobresale en primerísimo lugar, como un monumento al humorismo involuntario, una que acaba de estrenarse y que se titula *El monstruo sagrado*. Es difícil que se unan varios elementos para hacer reír sin proponérselo, sobre todo en el teatro, pues cuando la obra es graciosa a pesar de ser un drama, las actuaciones están bien y entonces la gracia es menor. Sólo recuerdo otro caso en que actuaciones, dirección y obra rindieron pleitesía a ese género humorístico, y fue también en el Teatro Virginia Fábregas: me refiero a *Lodo y armiño*, con don José Mojica. Aquella noche lloré de risa, como con las películas de Chaplin y del Gordo y el Flaco, y creí que con Margarito Ledesma y con aquella representación se había llegado al límite. Pero por fortuna estaba equivocado: aún me faltaba por ver, y doy gracias al cielo por habérmelo permitido, este *Monstruo sagrado*, de don Ricardo Rentería L., dirigido por Xavier Rojas y sublimemente actuado por Ana Luisa Peluffo. Ya casi para terminar el drama pensé que me iba a dar un ataque de apoplejía por tanto que me hicieron reír. A la lista de cómicos mexicanos a los que les estoy agradecido, como Chaflán, Chicote, Luis G. Barreiro, Emilio Brillas, a veces Cantinflas, y algunos otros, deben añadirse los nombres en letras de oro de Ricardo Rentería L. y de Ana Luisa Peluffo. Muchas gracias a ambos.

La primera carcajada de la noche fue a los pocos momentos de comenzar la sublime pieza, cuando vemos a la Peluffo con un traje negro cuyo escote por la espalda llega hasta más allá de donde esa parte del cuerpo cambia de nombre, y nos hemos enterado que el personaje que interpreta lleva una vida de continua parranda. La madrecita abnegada le dice “Hija mía, tú que siempre te has preocupado por inculcarle los principios de moral a tu hijo.”

Y de allí en adelante todo es risa, porque el ilustre comediógrafo Rentería nos va presentando con gran alegría para nosotros la drogadicción, el divorcio, el alcoholismo, el homosexualismo, el lesbianismo, la seducción, el incesto, la prostitución y, por fin, como broche de platino y de uranio, el matricidio. ¡Y todo ello en un solo personaje! Fedra, Medea, Antígona, Ifigenia, son niñas frescas comparadas con esta Susana Valdés que no se detiene ante nada, ni siquiera ante un público que corría el peligro de congestionarse por las carcajadas. Y es que la señora Peluffo comprendió a la perfección al autor y supo actuar a la altura del drama. Los tonos que usaba, las risas faltas de aceite, los gritos sin esfínteres, el movimiento de las manos aleteadas como murciélagos sin radar, el vestuario de una niña mala de Narvarte y por fin los desplazamientos sobre el escenario, marcados por el director, siempre con el cordón umbilical del teléfono siguiéndola a todas partes.

Todas las escenas son antológicas, pero hay dos que merecen recordarse, si es que el recuerdo me deja escribir, pues las carcajadas vuelven a sacudirme. Al finalizar el primer acto, cuando Susana Peluffo ha volado por todo el escenario envuelta en gasas transparentes y confiesa entre hipos y suspiros que está enamorada de su hijo, y éste se marcha a hablarle a su novia, que bien a bien no sabemos aún si se llama Jorge o Leticia, doña Susana reptaba hasta el proscenio emitiendo ruidos guturales, cae desplomada sobre un “puff” y dice en el tono más grave que haya sido dado escuchar: “¡Mamá, la inyección!” Y cae el telón entre la hilaridad ya franca del público. La otra escena, sin menospreciar a ninguna otra, es cuando doña Susana Peluffo se pone a romper todos los diplomas que le habían dado en su carrera como actriz, y grita de cara al público: “¡Me han aclamado por mi talento!”. Cuando la risa que tal frase provocó hubo cesado, doña Susana Valdés Peluffo va hasta la chimenea y toma la estatuilla del Óscar (escribí bien: Óscar, no Ariel) y la arroja al suelo para demostrar que nada le importan los elogios del mundo. Pero seguramente el utilero no sabía lo que iban a hacer con esa estatua, pues la construyó de hule o de algo semejante, y al ser arrojada al suelo en la escena más dramática, el Óscar rebota sobre la alfombra. Fue en ese momento cuando perdí el equilibrio y me caí de la butaca.

Este genial humorismo involuntario lo puedo llegar a entender en don Ricardo Rentería L., tristemente célebre como autor y director de fotonovelas, y de doña Ana Luisa Pelufo, quien después de todo nunca ha sido actriz, pero no lo comprendo en Xavier Rojas, director de *El hombre que hacía llover*, de *La gota de miel*, de *Los desarraigados* y de tantos éxitos más. Es verdaderamente lamentable la decadencia de un hombre talentoso cuando nadie le advierte que debe retirarse. Ni tampoco lo comprendo (¿o sí?) de la Unión Nacional de Autores, organismo un tanto cuanto fantasma que es el que presenta la obra. Ni comprendo como Carmen Molina, actriz por todos conceptos estimable, pudo aceptar intervenir en esto y además estar muy mal. Tampoco entiendo a Raimundo Capetillo, un muchacho que siente verdadero amor por el teatro y que después de su fracaso artístico en *Sigue tu onda*, debía cuidar más su carrera. Graciela Doring y Zully Keith cumplen con sus ingratos papeles, pero se ven obligadas a naufragar junto con el barco que las arrastra al fondo de la mediocridad.

De cualquier manera, doy las más cumplidas gracias a todos y cada uno de los que hicieron posible que el público mexicano por vez primera hiciera un “meneo” en un estreno, al estilo de España. Hubo carcajadas en las escenas más dramáticas, aplausos en las frases clave, comentarios en voz alta, excesivo ruido de butacas, epidemia de tos asiática y unos cuantos aplausos de cortesía al finalizar. Creo que el público mexicano se va civilizando y demuestra su desagrado cuando debe. Yo, por el contrario, pasé uno de los ratos más divertidos de mi vida y aplaudí a rabiar y grité bravos porque también debe premiarse, y más que nada en este mundo, al humorismo involuntario.

22 de agosto de 1971

OTRA CARTA DEL PROVINCIANO

Estimado Bulmaro:

El día primero de septiembre de 1968 te escribí una carta sobre mi visita a esta capital. ¿Te acuerdas? Han pasado ya tres años